

CONGRESO  
MARIANO

19



18

FEMENINO



de ello no se saca ningún provecho? Eso está bueno para los ricos que tienen bienes de fortuna que dejarle a sus hijos! pero no para nosotros que nada tenemos, ni nunca tendremos; no vale la pena mortificarse por un bien tan remoto».

Muchas y muy largas consideraciones podría hacerlos, sobre este mismo tema, pero, son tan sabidas y debéis estar tan penetradas de ellas, que me parece inútil ocupar vuestra atención sobre esto; es preciso obrar, trabajar, hacer algo, tocar las campanas, llamar a rebato a las mujeres de Chile entero y decirles que se trata de la salvación de nuestros hijos y del pueblo. Unámonos en un clamor que sea, a la vez, una oración que llegue al cielo cuyo eco caiga sobre nuestros gobernantes y legisladores y si es preciso, doblemos la rodilla ante ellos que, para tan gran bien, todo sacrificio es pequeño. Y digásmoles:—«Venid con nosotras a las calles y plazas, a las cárceles y hospitales, poned vuestro oído en el corazón de esos niños, de ese inmenso número de niños, abandonados, y ellos os dirán: somos los hijos de la Ley del Matrimonio Civil, somos vuestras víctimas... que las generaciones venideras no lo tengan también que repetir. Oídlas a ellos y a nosotras, a toda costa queremos la reforma de la Ley del Matrimonio Civil, pero, una reforma sana y bien intencionada».

---

## LA CRUZ ROJA

---

Carmela Prado de Pinto C.

### I. *Introducción.*

Si consideramos la guerra, que azota en estos momentos a los pueblos de la tierra más ricos en cultura; a los pueblos que nos servían de guía en la lucha en pro de nuestra perfección social y nacional; vemos que toda la capacidad humana, en cualquier campo que se la considere, concentra sus energías, su inventiva, su perseverancia, para borrar de la faz de la tierra hasta el rastro de sus adversarios. Vemos que todo el poder material e intelectual, aun el moral, acumulados por la humanidad en su lucha secular por el progreso, ha sido encauzado por la senda que conduce a la destrucción y a la muerte. Ningún campo de actividad, ni ningún medio de destrucción, han sido olvidados. En la tierra, en el mar, en los aires, todo lo que alienta es hostil y amenaza de muerte al enemigo. Todo amenaza la vida; desde el soldado que, fusil en mano, apunta directamente a su adversario, hasta el sabio que en apartado gabinete ensaya un nuevo gas mortífero o un explosivo que supere por su potencia a todos los conocidos. En ese vasto escenario en que todo tiende a la destrucción, aparece

como excepción una actividad que se esfuerza por contrarrestar, ese furor de muerte que alienta a los hombres, y hasta las cosas de la vieja Europa; que se esfuerza por aliviar los dolores, disminuir las bajas, reconstruir los restos humanos despedazados por la metralla. Esa excepción la forma el servicio sanitario, ayudado en forma eficaz e irremplazable por la *Cruz Roja*, cuya entidad, en incipiente marco, representa entre nosotros la institución de la *Cruz Roja de las mujeres de Chile*.

## II. *Razón de ser de la Cruz Roja.*

En estas guerras de hoy día, los ejércitos que vemos desfilar cada año en el aniversario patrio, pasan a constituir una parte pequeñísima de las masas armadas que las naciones, grandes o pequeñas, ponen frente a frente para defender sus fueros o su existencia, para imponer sus anhelos de hegemonía o su sed de dominación; y, en la misma forma, los servicios sanitario adscritos a los ejércitos de paz, se diluyen en la masa considerable de soldados que cada uno moviliza, en armonía con su población, y por más que sus elementos individuales sean de una preparación técnica superior, aunque multipliquen su actividad y abnegación, aparecen impotentes para luchar con éxito, para aliviar la masa siempre creciente de heridos y enfermos que afluyen en raudal inagotable de todas partes: del mar, de la tierra y hasta de los aires, de donde se precipitan momento a momento, víctimas innumerables, escogidas, entre los más valientes, de los valientes de todos los pueblos y naciones.

*La Cruz Roja* arranca pues, su razón de ser, de la necesidad de auxiliar a los servicios sanitarios de los ejércitos, abrumados por una labor siempre mayor, cada día más exigente, como lo veremos al tratar del papel de la *Cruz Roja* en tiempo de guerra.

## III. *La Cruz Roja en la paz.*

Esta institución, destinada a prestar sus servicios en la guerra que todos abominamos, pero que suele llamar a nuestras puertas, cuando menos lo pensamos o queremos, tiene que estar siempre lista, preparada, para cumplir debidamente el abnegado ministerio que se ha impuesto. Tiene por ello, que prepararse en la paz, siguiendo un muy conocido aforismo que, en nuestro lenguaje corriente podríamos traducir diciendo que, lo que no se ha aprendido de antemano no se podrá aplicar con buenos resultados cuando llegue la ocasión, con tanta mayor razón si se trata de una materia tan complicada e importante como es la atención médica de los enfermos y si se la ha de poner en práctica en circunstancias en que todo es turbación, novedad, azar, peligro. Y, en esta materia, la falta de preparación del elemento auxiliar se traduce en la muerte de millares de seres que debieron vivir, que constituyen la flor del ejército y que han caído cumpliendo doblemente su deber, al arrosar los primeros golpes del adversario.

Y, en vista de ese deber, lejano y problemático, si se quiere, la *Cruz Roja* procede a prepararse en la paz. Y esta preparación de las asociadas de la *Cruz Roja* no se ejecuta sin dejar al propio tiempo huellas profundas, visibles, de una labor social de gran repercusión y alcance. Las alumnas, preparadas teórica y prácticamente en curso de dos años de duración, efectuado bajo la sabia dirección de abnegados y competentes profesores del cuerpo médico, se inscriben enseguida para trabajar en el dispensario que ha abierto la *Cruz Roja* y donde, día a día, batallan por la salud de centenares y miles de víctimas con que, la lucha por la vida y la ignorancia de las masas, siembra el camino que sigue nuestro pueblo en su desarrollo. Más de 30.000 curaciones ha practicado nuestro dispensario en sus dos años de existencia. Cifra tan enorme corrasponde con creces a las bajas de una de esas grandes batallas que nos llenan de estupor y espanto, y que nos conmueven hasta lo más hondo, a pesar de tratarse de extraños y de pueblos muy lejanos. Treinta mil heridos ha atendido nuestra Institución en dos años de existencia y, para los que conocen el fatalismo que anima a nuestro pueblo; la incuria que lo distingue; la ímproba labor de nuestros hospitales; la necesidad, para el pobre, de afrontar, a un enfermo, la lucha diaria por su sustento y el de los suyos, tan numerosos en el hogar humilde; aparecerá evidente el valor de la tarea realizada, los desenlaces fatales y las agravaciones que nuestro dispensario ha evitado, a despecho de la creencia, en un principio muy entendida, de que nuestro anhelo obedecía a un espíritu de pueril imitación destinado a dar sus frutos, según se decía, sólo en el caso de una guerra que no habría de llegar jamás....

Esta sola cifra apuntada, bastaría para hacer a nuestra Institución digna de estimación, de estímulo y de ayuda, si, indirectamente, su labor no repercutiera benéficamente en otra obra social en que se encuentran empeñados los chilenos más previsores y patriotas: en la educación de nuestro pueblo. La rama concerniente a la higiene pública y privada, ha sido tan descuidada, que ha llegado a ser una de las causas más evidentes de las infinitas plagas que nos circundan y de la inmortalidad infantil que siega en flor, en plena promesa, la descendencia de una raza fuerte, de gran unidad, y que habremos de reemplazar por injertos de otras nacionalidades, si no queremos quedar rezagados en el crecimiento de los pueblos de América y resignarnos a desempeñar el papel que a los pueblos más grandes y poblados se les antoje asignarnos en este continente en que antes sobresalíamos por el empuje y unidad de nuestra raza. Pues bien, en esta tarea, la obra social aludida, tiene una cooperadora eficaz en la asociación de las damas de la *Cruz Roja*, las cuales, por la instrucción derivada de su misma especialidad, se encuentran en estado de ejercer influencia permanente en sus hogares y en el de sus relaciones y en la manera de ser de los miles de heridos que pasan por su dispensario llevando consigo el doble reconocimiento de la salud y del consejo, dados nobles y desinteresadamente.

#### IV. *La Cruz Roja en la guerra.*

Aun las mujeres, que poco o nada entendemos de milicia, sabemos que los ejércitos que combaten en Europa se extienden y dilatan en líneas que van de mar a mar, que se prolongan por sobre los puentes de las naves de guerra y aun por los caminos intangibles del espacio; que esos ejércitos son mucho más grandes que los del tiempo de paz; que son tan enormes que causan la impresión de englobar a la nación entera, como las antiguas armaduras ceñían todos los miembros de un guerrero; esos ejércitos, que cuentan sus unidades por miles y sus soldados por millones, se combaten en campos de batalla que no tienen límites en el espacio ni el tiempo; las armas más diversas y poderosas preparan los ataques, que se suceden segundo a segundo; y, la preparación, consiste en destruir toda resistencia, todo ser viviente; así se multiplican las bajas y el campo no se considera inerte sino cuando ha sido convulsionado hasta en sus entrañas y ha quedado sembrado con los muertos y heridos de todos los valientes que lo defendían. Imaginad el mejor servicio de sanidad, el más completo; pensad en esos regimientos que atendidos por tres cirujanos y unos pocos enfermeros quedan reducidos, después de la batalla, de 3.000 hombres a unos cuantos grupos. El 20, el 30, el 50 y más por ciento suele representar las bajas de una unidad que ha combatido en las primeras filas y ha debido encabezar o resistir el asalto. Esas bajas suman centenares y miles de heridos que antiguamente morían en proporción aplastante y que la ciencia médica hoy día, en lucha con la imaginación destructora del hombre, consigue conservar, volver casi en su totalidad a la vida; la capacidad quirúrgica del cirujano ha llegado a tal extremo que puede casi jactarse de que, individuo que no es muerto en el acto, es individuo que no debe morir, que puede salvarse si es oportuna y correctamente atendido. Y se comprende entonces la responsabilidad inmensa que contrae la nación para con esos heridos que le han ofrendado desinteresadamente todo, incluso su sangre. Si aceptamos que todos los caídos, casi todos, pueden ser salvados, y no lo son, equivale a decir que, perdonados por la metralla enemiga, han sido rematados por nuestra propia desidia e indiferencia! ¿Comprendéis entonces la tremenda responsabilidad del Gobierno, de la Nación, de todos los que no combaten ni exponen su vida en los campos de batalla, para con los que luchan, caen y riegan con su sangre el campo donde se decide de nuestros destinos? En esa tarea salvadora, en ese deber sagrado, las voluntarias de la *Cruz Roja* que han aprendido su oficio en nuestro modesto dispensario, acuden en auxilio del cuerpo médico, que acompaña a los ejércitos mientras avanzan, que efectúa las primeras curaciones, las decisivas, bajo el mismo fuego, en la propia zona en que se confunden las fuerzas de amigos y enemigos. Allí un poco atrás, aparecen las voluntarias de la *Cruz Roja* para secundar,

continuar su obra, hacerse cargo de los miles de heridos que los servicios sanitarios de primera línea tienen que ir dejando atrás al continuar su marcha incesante en pos de los ejércitos que, a su vez, marchan también incesantemente en busca de la victoria y de la muerte.

Y aquí tenéis resumida en la paz y en la guerra, la labor modesta y sin brillo de nuestra Institución. Batallando en la paz para conservar a la patria soldados fuertes y sanos. Luchando en la guerra para que la labor del cuerpo médico no se malogre y todos los heridos se levanten nuevamente, para combatir de nuevo, si así lo exige la suerte de la Patria; para reanudar, después del triunfo, la misión reconstructiva que a cada uno corresponde en el bienestar y progreso de su país; tarea, en que nosotras humildes colaboradoras de designios muy altos, salimos de nuestro hogar para luchar activamente por la salud y la vida de los que han caído en su defensa, al combatir heroicamente por la integridad de la Patria.

---

## Cruz Roja de las Mujeres de Chile en Concepción

---

Ernestina Muñoz Fuente Alba.

Respondiendo a un caritativo y patriótico llamado de la señora Sofía Montalva de Andrews, el 29 de Junio de 1917 se congregaron en los salones de la Intendencia las que, junto con quien golpeara a sus corazones, habrían de ser fundadoras en Concepción de la «Cruz Roja de las Mujeres de Chile».

Justo sería recordar los nombres de todas las personas que en ese día acudieron a la cita, mas la brevedad de esta reseña sólo permite anotar a las que formaron la junta directiva o administrativa de nuestra naciente institución.

Fueron ellas el señor Intendente de la provincia don Rodolfo Briceño, cuya galante asistencia acentuó el carácter enteramente nacional de nuestra Cruz Roja; el Ilmo. señor Obispo electo de Ancud Rvdo. Padre Antonio Castro y el doctor señor Arturo Brito, grupo este último que simboliza la norma de nuestras tareas: restañar las heridas del alma y del cuerpo.

Bella misión en la cual debemos, por la humanidad doliente, desplegar todos nuestros esfuerzos en una estrecha unión y comunidad de miras, con absoluto desprendimiento de nuestra propia